

Ciencias Sociales

James Fulcher

El capitalismo

Una breve introducción



El libro de bolsillo
Economía
Alianza Editorial

1. ¿Qué es el capitalismo?

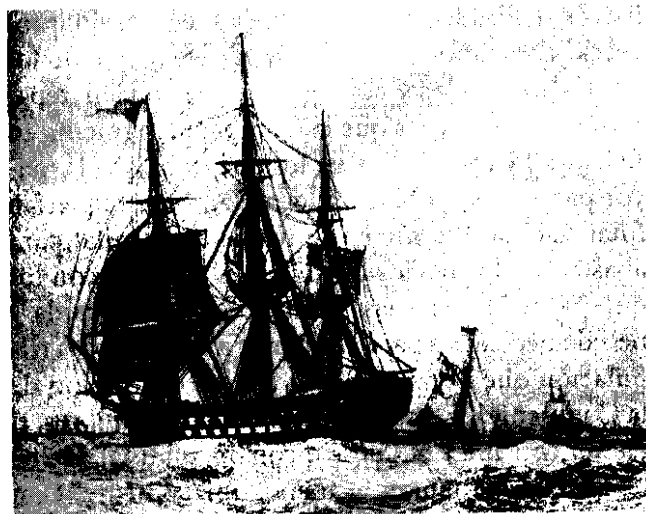
Capitalismo mercantil

En abril de 1601 la Compañía de las Indias Orientales envió una primera expedición a aquellos lejanos territorios. A los 18 meses aproximadamente, las cuatro embarcaciones –el *Ascension*, el *Dragon*, el *Hector* y el *Susan*– regresaron de Sumatra y Java cargadas principalmente de pimienta. Viendo el éxito con que se había desarrollado la empresa, organizaron una segunda expedición con los mismos barcos, que partieron de Londres en marzo de 1604. De regreso, el *Hector* y el *Susan* fueron los primeros en levar anclas, pero el *Susan* desapareció en el mar y el *Hector* tuvo que ser rescatado por el *Ascension* y el *Dragon*, que lo encontraron a la deriva en las costas de Sudáfrica, con la mayoría de la tripulación muerta. El *Ascension*, el *Dragon* y el *Hector* volvieron a Inglaterra en mayo de 1606 cargados de pi-

mienta, clavo y nuez moscada. Los accionistas que habían invertido en estas dos travesías obtuvieron un beneficio del 95% del capital.

La tercera expedición, enviada en 1607, obtuvo un éxito similar, pero la cuarta, que partió en 1608 con los barcos *Ascension* y *Union*, resultó un rotundo fracaso. Aunque el *Ascension* consiguió llegar a la costa occidental de la India, se hundió por culpa del «cabezota y engreído patrón», que hizo encallar el barco por no atender las advertencias locales sobre la falta de calado. El *Union* recaló en un puerto de Madagascar, donde la tripulación se vio sorprendida por una emboscada en la que murió el capitán. A pesar de todo, el barco consiguió llegar a Sumatra y recoger su carga. A la vuelta, el *Union* se hundió ante las costas de Bretaña. Los inversores perdieron esta vez todo su capital.

El capitalismo es esencialmente la inversión de dinero con vistas a obtener beneficios, y lo cierto es que en estas empresas comerciales a tierras lejanas se podían obtener grandes beneficios, aunque asumiendo un riesgo considerable. El beneficio surgía sencillamente como resultado de la escasez y la distancia; se obtenía a partir de la gran diferencia de precio que había entre lo que se pagaba —pongamos por caso— por la pimienta en las islas productoras de especias y el precio que alcanzaba el producto en Europa, una diferencia que minimizaba los costes de la operación. Lo que importaba sobre todo era que el cargamento consiguiera llegar a Europa, aun-



1. Un *East Indianman*, 1829.

que las condiciones del mercado también eran importantes: si una gran flota regresaba de improviso, podía hacer caer los precios. Al haber demasiadas personas implicadas en estas operaciones comerciales, atraídas por su elevada rentabilidad, también podía ocurrir que los mercados se saturaran. La Compañía de las Indias Orientales se vio obligada a diversificar su oferta de especias y productos ante la sobreabundancia de pimienta, y comenzó, entre otros productos, a importar indigo.

Para este tipo de comercio se necesitaba una gran inversión de capital. Había que construir un *East Indianman*, que era como se denominaban los

barcos dedicados a tales empresas, equiparlo, proveerlo con cañones con los que defenderse de los rivales holandeses y portugueses, y si volvían, repararlos. Los astilleros que la Compañía mantenía en Blackwall y Deptford, y en los que trabajaba la mayor parte de la población local, también requerían financiación. Y también se necesitaba capital para abastecer a los navíos con lingotes y bienes con los que pagar las especias, municiones y la comida y bebida necesarias para alimentar a la numerosa tripulación que llevaban. En la tercera expedición de la Compañía, el *Dragon* partió con 150 hombres, el *Hector* con 100 y el *Consent* con 30, un total de 280 bocas que alimentar, al menos inicialmente. Con tripulaciones tan numerosas se pretendía asegurar que hubiera marineros suficientes para hacer el viaje de regreso, una vez pagado el canon que se cobraban siempre los trances de la travesía.

El capital de la Compañía de las Indias Orientales procedía principalmente, si bien no del todo, de ricos comerciantes londinenses, que eran los que se encargaban también de controlarlo y administrarlo. Los aristócratas y sus adláteres representaban otra fuente de ingresos, muy apreciada por la Compañía debido a la influencia de que gozaban en la corte, pues los privilegios de la Compañía dependían del favor real. También contaban con dinero extranjero, esencialmente de comerciantes holandeses que habían quedado fuera de la rival Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Estas

personas proporcionaban además información muy valiosa acerca de las actividades de la sociedad.

Los primeros 12 viajes recibieron financiación independiente. Y así, de acuerdo con la práctica comercial más tradicional, se asignaba capital a cada viaje y los beneficios se repartían entre los inversores. Con todo, este procedimiento de financiación resultaba arriesgado cuando se trataba de operaciones comerciales a larga distancia, ya que el capital quedaba expuesto a dilatados periodos de incertidumbre en lugares lejanos y desconocidos. El riesgo podía atemperarse mandando varias naves por expedición, para no arriesgar todo a una misma carta, aunque también podía ocurrir que se perdieran expediciones enteras, como pasó en 1608. La Compañía introdujo entonces un nuevo sistema de financiación que diversificaba los riesgos al invertir en distintas expediciones. Así pasó a ser una sociedad accionarial en toda regla, en la que, a partir de 1657, la inversión se realizaba de manera continuada, con independencia de las expediciones que tuvieran lugar. En 1668 se inició la compraventa de acciones en la Bolsa de Londres.

Los riesgos también se reducían a través de prácticas monopolísticas. La Compañía de las Indias Orientales, igual que sus equivalentes extranjeras, estaba sólidamente ligada al Estado, que le garantizaba el monopolio de la importación de mercancías orientales y le otorgaba el derecho de exportar lingotes para pagarlos. A cambio, el Estado, siempre

falto de dinero, obtenía ingresos de los aranceles aduaneros sobre las numerosas y valiosas importaciones que realizaba la Compañía. Bien es verdad que la competencia existía, pero era una competencia internacional, en las Indias concretamente, entre ingleses, holandeses y portugueses; mientras, los países eliminaban en lo posible la competencia interna. Con frecuencia solían aparecer agentes externos que intentaban irrumpir en el mercado, pero uno de los privilegios que el Estado concedió a la Compañía de las Indias orientales fue el derecho a actuar contra los «intrusos».

Los mercados se manipulaban comprando todas las existencias y reteniendo las ventas. En el siglo XVII los comerciantes de Amsterdam se mostraron particularmente hábiles en tales prácticas y se dedicaron afanosamente a establecer monopolios, no sólo de especias, sino de cobre sueco, de productos derivados de la ballena, de seda italiana, de azúcar, de elementos utilizados en la fabricación de perfumes y de nitrato de potasio (uno de los componentes de la pólvora). Para ello se requerían almacenes enormes; según comenta Fernand Braudel, los almacenes de los mercaderes holandeses eran mayores y más caros que las propias embarcaciones: cabía en ellos cereal como para alimentar a todo el país durante 10 o 12 años. Los holandeses no pretendían sólo guardar y retener el producto para forzar al alza los precios, sino que, al disponer de tan importantes reservas, podían destruir a sus

competidores extranjeros si inundaban por sorpresa todo el mercado europeo de víveres.

Estamos ciertamente ante lo que podemos llamar capitalismo, ya que el comercio a larga distancia requería una fuerte inversión de capital que esperaba a su vez obtener amplios beneficios, pero no debemos hablar aún de capitalismo de libre mercado. Para conseguir pingües beneficios, el secreto estaba en asegurarse el monopolio de una u otra manera, excluir a los competidores y controlar los mercados por cualquier medio. Dado que el beneficio se obtenía mediante el comercio de productos poco abundantes más que a través de la racionalización de la producción, el capitalismo mercantil tenía limitada incidencia sobre la sociedad. La mayor parte de la población europea seguía en su rutina laboral sin que ésta se viera afectada por las actividades de los inversores capitalistas.

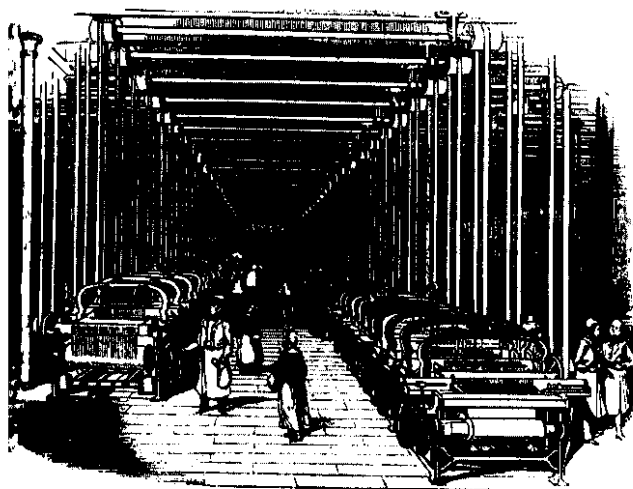
Producción capitalista

En la década de 1780 los escoceses James M'Connell y John Kennedy dejaron su tierra y partieron hacia el sur para formarse como aprendices en la industria algodonera de Lancashire. En 1795, una vez que habían ganado experiencia y algo de dinero en la fabricación de maquinaria, establecieron su propia industria con un capital inicial de 1.770 libras. A partir del hilado de algodón obtuvieron enseguida

buenos beneficios, con unos rendimientos sobre el capital superiores al 30% en 1799 y 1800. Rápidamente fueron acumulando capital, de modo que en 1800 sus fondos habían ascendido a 22.000 libras, y en 1810 a 88.000. En 1820 la compañía tenía tres fábricas y se había instituido como hilatura líder del mejor algodón de Manchester.

Con todo, esta competitiva industria no podía mantener los mismos niveles de beneficio que en los primeros años del siglo XIX. Ello se debía en gran parte a que los beneficios habían llevado a su expansión y habían atraído a nuevos socios: en 1819 había 344 fábricas algodoneras, y en 1839 el número había ascendido a 1.815. Los avances técnicos permitieron aumentar enormemente la productividad durante la década de 1830 y la competencia existente obligó a las compañías a invertir con decisión en la adquisición de nueva maquinaria. Empezaron a levantarse grandes fábricas que contaban con 40.000 husos, cantidad formidable comparada con los 4.500 de las anteriores. El alto coste de la inversión en edificios y maquinaria, unido a la presión a la baja que ejercía sobre los precios del hilo el aumento de la capacidad productiva, hizo que los rendimientos de la industria bajasen considerablemente en la década de 1830.

En último término, el beneficio dependía del trabajo de los obreros que transformaban el algodón en rama en hilo de algodón. Entre 1802 y mediados de 1830 en M'Connel y Kennedy la mano de obra pasó



2. Los telares mecánicos dominan las fábricas de tejidos de algodón en el siglo XIX.

de 312 trabajadores a unos 1.500. En muchos casos se trataba de mano de obra infantil y barata —en ocasiones, casi la mitad de los empleados eran jóvenes menores de 16 años—. En 1819 había 100 niños menores de 10 años, algunos hasta de 7, que trabajaban desde las 6 de la mañana hasta las 7:30 de la tarde.

Dejando a un lado los desembolsos ocasionales que exigía la construcción de nuevas fábricas y la adquisición de maquinaria, el principal gasto de la compañía venía representado por las partidas salariales. En 1811 la factura de salarios anual superaba las 35.000 libras, y a mediados de la década de 1830 había

ascendido a 48.000. Estos costes se intentaban minimizar no sólo manteniendo bajos los salarios, sino sustituyendo a los trabajadores más cualificados por otros menos formados y peor pagados, sobre todo desde que la aparición de máquinas automáticas fue haciéndolo posible. Los ciclos de inestabilidad industrial provocaban reducciones periódicas de demanda, lo cual a su vez obligaba a los empresarios a reducir las horas de trabajo y los salarios.

A medida que iba desarrollándose el capitalismo industrial, los conflictos salariales empezaron a plantearse con medios más organizados. Los obreros de las hilaturas se defendían de las reducciones salariales a través de sus sindicatos, instituidos primero en un ámbito local y más tarde regional y nacional. En 1810, 1818 y 1830 se produjeron huelgas cada vez mejor preparadas, aunque los empresarios consiguieron sofocarlas con ayuda del Estado, que arrestó a los huelguistas y encarceló a los líderes sindicales. Los empresarios habían creado además sus propias asociaciones, a través de las cuales elaboraban listas negras con los nombres de los sindicalistas, combatían las huelgas con cierres patronales y se proporcionaban apoyo financiero unos a otros. Con todo, la energía con que los sindicatos de la industria textil desarrollaron su actividad produjo notable éxito y consiguió estabilizar los salarios, pese a los intentos por bajarlos por parte de los empresarios y la reducción de beneficios que éstos tuvieron que soportar.

La explotación de la mano de obra pretendía no sólo mantener a la baja el coste salarial, sino disciplinar al obrero. El capitalismo industrial exigía un trabajo regular y continuado de cara a minimizar costes. Había que conseguir que unas máquinas tan onerosas estuvieran permanentemente en marcha, y no se podía tolerar que los trabajadores perdieran el tiempo, se emborracharan o anduvieran de acá para allá, hablando unos con otros. De hecho resultaba difícil reclutar gente que quisiera trabajar en una fábrica textil, sencillamente porque en ella se exigían turnos largos e ininterrumpidos y se sometía a los obreros a una supervisión muy estrecha. Los empresarios tuvieron que buscar métodos para imponer una disciplina completamente desconocida para la primera generación de obreros industriales, y por lo general recurrían a algo tan primitivo y negativo como los castigos corporales (en el caso de los niños), a las multas o a las amenazas de despido, aunque hubo también quienes desarrollaron prácticas más complejas y más dignas para controlar a sus empleados.

En las fábricas de New Lanark, Robert Owen introdujo los llamados «encargados mudos». Cada trabajador tenía un taco de madera, con los lados pintados de distintos colores, según la calidad del trabajo realizado: negro, si se había hecho mal, azul para un trabajo mediocre, amarillo para un buen trabajo y blanco para el trabajo excelente. El taco aparecía a la vista de todos por el lado correspon-

diente, como llamada de atención para advertir de la calidad de la labor realizada el día anterior. Cada departamento disponía además de una «cartilla de reputación» en la que se registraban diariamente los colores que cada obrero había ido consiguiendo. Para Owen, la disciplina no era sólo un asunto interno de la fábrica, sino que con ella pretendía controlar la comunidad. Organizó unas patrullas callejeras que le informaban de posibles borracheras y a la mañana siguiente multaba a quienes se hubieran sobrepasado con el alcohol. Insistía mucho en la higiene y estableció normas detalladas para mantener limpias calles y casas. Llegó a instituir un toque de queda que en invierno obligaba a la gente a retirarse a sus hogares antes de las 10:30 de la noche.

Como ha puesto de relieve E. P. Thompson, la disciplina laboral consistía en trabajar de modo regular y sistemático. Ello implicaba ir a trabajar todos los días, empezar a la hora y hacer pausas limitadas en momentos previamente fijados. Los empresarios tuvieron que librar arduas batallas para combatir la secular tradición de no acudir al trabajo en fiestas «especiales» —como «San Lunes», o incluso «San Martes»—, que los trabajadores aprovechaban para recuperarse de las borracheras dominicales. El horario se convirtió en el auténtico caballo de batalla, y llegó a haber empresarios que adelantaban el reloj por la mañana y lo atrasaban por la noche de manera deshonesta. Cuentan también que en ocasiones quitaban el reloj a los trabajadores para que no pudieran

objectarles nada en cuestión de horarios. Curiosamente, fue con la Revolución Industrial cuando empezaron a generalizarse los relojes y los cronómetros, e incluso a finales del siglo XVIII el gobierno intentó gravar la posesión de tales aparatos.

El capitalismo industrial no sólo creaba trabajo; también generaba «ocio», en el sentido moderno del término. Quizá esto nos resulte llamativo si tenemos en cuenta que quienes controlaban la industria algodonera inicialmente querían tener las máquinas funcionando el mayor tiempo posible y obligaban a los empleados a trabajar jornadas interminables. Sin embargo, al exigir que se trabajara de manera continuada dentro de un horario laboral y prohibir otras actividades que no fueran estrictamente profesionales, los empresarios estaban separando el ocio del trabajo. Algunos lo dejaron claro desde el principio, instaurando periodos vacacionales concretos, durante los cuales cerraban las fábricas. Les convenía más esto que ver interrumpido el trabajo un día sí y otro no por absentismo de los trabajadores. El «ocio», entendido como tiempo marcado de descanso —ya fueran vacaciones, fines de semana o por la noche—, surgió como consecuencia de los horarios fijos y delimitados que creó la producción capitalista. Los trabajadores empezaron a exigir poco a poco más tiempo libre a través de campañas sindicales que se iniciaron en la industria algodonera, hasta que lograron que se aprobaran leyes que limitaban las

horas de trabajo y concedían a los trabajadores derechos vacacionales.

El capitalismo también creó el ocio en otro sentido, es decir, comercializándolo. El tiempo libre ya no se usaba sólo para participar en deportes y diversiones tradicionales: los trabajadores empezaron a pagar para disfrutar de actividades de recreo que eran organizadas por empresas capitalistas: las nuevas compañías ferroviarias proporcionaban billetes baratos para que los empleados de las fábricas algodóneras de Lancashire fueran de excursión a Blackpool; en 1841, Thomas Cook organizó su primera visita turística: una escapada a Loughborough, saliendo en tren desde Leicester, para celebrar una reunión antialcohólica. Ahora se organizaban viajes para que un público generalizado asistiera a espectáculos deportivos –sobre todo fútbol o carreras de caballos– pagando su correspondiente entrada. No corremos el riesgo de exagerar la importancia de todo esto, si pensamos que desde entonces empezaron a surgir empresas completamente nuevas dedicadas a explotar y desarrollar el mercado del ocio, que pronto se convertiría en una inmensa fuente de demanda, empleo y beneficios.

La producción capitalista había transformado las condiciones de vida de la gente, tanto en lo referente al trabajo como al tiempo de esparcimiento. La confianza en que se podían obtener beneficios invirtiendo capital sirvió de guía a la Revolución Industrial, y la rapidez con que la técnica progresó

en aquellos momentos hizo aumentar la productividad a pasos agigantados. Sin embargo, las máquinas no funcionaban solas, y para obtener beneficios lo más importante era la mano de obra. El mayor coste para el empresario venía representado por la factura salarial, lo cual pasó a ser el núcleo del conflicto entre los propietarios del capital y, de acuerdo con los términos de Karl Marx, quienes sólo poseían «la fuerza de su trabajo», la capacidad de generar dinero mediante el trabajo físico. Los trabajadores estaban concentrados en fábricas y factorías, donde trabajaban de manera continua y disciplinada bajo la vigilante mirada del capataz, pero también tenían la oportunidad de organizarse colectivamente en sindicatos. El entretenimiento había quedado desterrado del horario de trabajo, de manera que en la vida cotidiana se distinguía nítidamente la obligación del tiempo libre. La institucionalización de la mano de obra asalariada implicaba además que los trabajadores disponían de dinero para disfrutar de sus momentos de ocio. Esta comercialización del tiempo libre generó nuevas industrias que retroalimentaban la expansión de la producción capitalista.

Capitalismo financiero

El jueves 23 de febrero de 1995 Nick Leeson, director de Baring Securities, de Singapur, se percató de que el Nikkei, el índice de la Bolsa japonesa, había

bajado 330 puntos. Ese día, el Baring perdió 143 millones de libras por las transacciones que este gestor había hecho, aunque él era el único que sabía lo que estaba pasando. Tales pérdidas se añadían a otras muchas anteriores de las que Lesson no había informado a sus superiores, y que en total ascendían a unos 470 millones de libras. Como sabía que las cartas estaban echadas y que no había vuelta atrás, huyó apresuradamente con su mujer y se refugió en la costa norte de Borneo. Mientras tanto, los directivos del Baring, extrañados de las enormes sumas de dinero que faltaban en Singapur, trataron de localizar a su empleado por todos los medios. A la mañana siguiente, todos sabían que el Baring Brothers, el banco comercial más antiguo de Londres, estaba en bancarrota debido a las formidables pérdidas sufridas. Lesson fue arrestado en Frankfurt, cuando intentaba regresar a Inglaterra; Singapur lo extraditó por violar sus regulaciones financieras y fue condenado a una pena de seis años y medio de cárcel.

Lesson se había dedicado a operar con «derivados». Éstos son instrumentos financieros muy complejos que *derivan* su valor del valor de algo distinto, léanse acciones, obligaciones, divisas o mercancías como el petróleo o el café. Los «futuros», por ejemplo, son contratos para comprar acciones, obligaciones, divisas o mercancías al precio que alcanzarán en un determinado momento; si uno cree que el precio de una acción va a subir, puede comprar



Arriba: Nick Leeson, trader estrella de Baring, poco después de abandonar la prisión en 1999.



Izquierda: El 7.º barón Ashburton; era el presidente de Baring cuando Nick Leeson entró en la compañía.

3. El antiguo y el nuevo rostro del capitalismo financiero británico.

un futuro de tres meses; una vez que pasen los tres meses, recibe las acciones a su precio original y las puede vender a un precio superior, el vigente en ese momento, obteniendo con ello los correspondientes beneficios. También pueden comprarse «opciones», que no comprometen al inversor con la transacción futura, pues puede decidir posteriormente si mantiene en su poder o no esos valores.

La compra de futuros desempeña una función muy importante, ya que permite reducir la incertidumbre y con ello el riesgo. Si el grano está caro, pero la cosecha falla por alguna razón, el agricultor puede acogerse al precio vigente en la actualidad y negociar que el grano se venda a ese precio a los tres meses. Sin embargo, también pueden comprarse futuros por razones puramente especulativas, para obtener dinero a partir de las oscilaciones de precios. Los futuros financieros con los que operaba Leeson eran apuestas realizadas con mayor o menor fundamento sobre futuras oscilaciones de precios. A esto Susan Strange lo ha denominado «capitalismo de casino».

También se podía hacer dinero a partir del «arbitraje», que se alimenta de las pequeñas diferencias de precios que por razones técnicas se dan entre mercados. Si uno es capaz de descubrir tales diferencias, calcular rápidamente cuánto suponen y trasladar con celeridad grandes sumas de dinero, puede obtener beneficios importantes. Leeson sabía que podía explotar las pequeñas diferencias de

precios de futuro que se daban en un intervalo inferior a un minuto entre la bolsa de Osaka y la de Singapur. Este tipo de operaciones entrañan escaso riesgo, dado que el beneficio, calculable e inmediato, se extrae a partir de una diferencia de precios real, si bien efímera.

Pero entonces ¿por qué le fue tan mal a Leeson? Pues porque al crear una cuenta paralela en la que detallaba los errores —la número 88888, ideada en principio para manejar fallos contables y financieros poco trascendentes— se precipitó por una pendiente peligrosa de la que no pudo escapar. En dicha cuenta paralela Leeson ocultaba las pérdidas que iba acumulando, pero vio que su herramienta también podía servirle para encubrir el déficit acumulado a fin de mes, haciendo que la «trastienda» de Singapur realizara transferencias de dinero temporales, pero ilegales, entre distintas cuentas. Con este tipo de manipulaciones y otras que realizó pudo engatusar a los auditores, que tampoco revelaron lo que estaba ocurriendo, como era su deber.

Gracias a la 88888 Leeson pudo jugar con el dinero del Baring. Y así se hizo famoso por los riesgos que asumía y por la agresividad con que operaba en mercados de futuros, donde podía ocultar las posibles pérdidas, las cuales podían lavarse en operaciones posteriores: de hecho, en un determinado momento Leeson llegó casi a alcanzar el equilibrio contable (punto de no retorno). Pero si entonces hubiera cerrado la 88888, habría cerrado la espita

que le había convertido en el inversor estrella del Baring. Al final, las pérdidas volvieron a desencadenarse y a acumularse hasta un punto en que no podían encubrirse moviendo simplemente el dinero de un lado a otro.

A partir de entonces Leeson se lanzó a realizar opciones de venta, que, a diferencia de los futuros, sí podían hacer dinero que cubrieran los déficits de ingresos que aparecían en la 88888. Leeson apostaba con fuerza confiando en los movimientos de precio de los futuros, pero los precios de la Bolsa de Tokio se deslizaron en la dirección contraria a la esperada. A medida que aumentaban sus pérdidas, subía sus apuestas vendiendo más opciones, arriesgando cada vez más, en nombre de un supuesto cliente llamado Philippe. Cuando el Nikkei se desplomó tras el terremoto de Kobe, las pérdidas llegaron a ser tan cuantiosas que Leeson intentó forzar por su cuenta la subida del mercado comprando gran cantidad de futuros. Las presiones a la baja fueron demasiado fuertes y el mercado se hundió. Para entonces, las pérdidas y los pasivos que había generado Leeson eran superiores al capital total del Baring.

¿Por qué permitió el Baring que ocurriera todo esto? Era un banco comercial que en 1984 había iniciado la correduría de acciones a través de Baring Securities. Esto representó un acierto y en 1989 las transacciones que realizaba en valores y acciones, principalmente japonesas, representaban la

mitad de sus beneficios. Baring Securities se embarcó después en una actividad cada vez más pujante, la contratación de derivados. En 1993 el Baring fusionó su capital con el de Baring Securities, y al hacerlo destruyó por completo la barrera que protegía al banco de las posibles pérdidas producidas en su departamento de valores. Esta fusión resultaba ser muy peligrosa, ya que los directores más veteranos del Baring tenían poco conocimiento del nuevo juego en que se habían metido, y la dirección administrativa del banco tampoco se había reestructurado adecuadamente, con lo que el control financiero era muy débil. El fraude representaba una amenaza continua en este mundo de finanzas tan complejo y el Baring vulneró una regla de oro al permitir que Leeson actuara simultáneamente como operador y como director de la «trastienda» de Singapur, en la que se comprobaban las operaciones y se cuadraban las cuentas.

A primera vista, Leeson era un gestor arrollador capaz de obtener enormes beneficios para el Baring, que a su vez le respaldaba incondicionalmente. Ironías del destino: cuando el Baring se desplomó, los directores acababan de recompensar a Leeson por su actividad con un bonus de 450.000 libras. Como las operaciones de Leeson iban extrayendo de Londres sumas de dinero cada vez mayores, que obligaban al Baring a buscar créditos en distintos lugares del mundo para restituirlas, los directores creían que estaban financiando operaciones muy rentables con-

cebidas por su *trader* estrella. Leeson consiguió salirse con la suya durante tanto tiempo no sólo por la complejidad de los mercados financieros o por los controles particularmente débiles que ejercía el Baring sobre sus operaciones, sino porque en la corporación siempre latía el ansia de obtener beneficios cada vez mayores.

Y entonces, el capitalismo ¿qué es?

Hasta ahora hemos revisado tres tipos muy distintos de capitalismo. Las transacciones que realizan unos y otros son tan distintas como podemos imaginar, pero en todos los casos, de lo que se trata es de invertir dinero para obtener beneficios, rasgo esencial del capitalismo. No importa mucho la naturaleza de la actividad implicada; lo que interesa es la posibilidad de obtener beneficios. De hecho, una sociedad capitalista se caracteriza porque virtualmente todas las actividades económicas que se desarrollan en su seno se ven estimuladas por la oportunidad de extraer rendimiento del capital que se invierte en ellas.

El capital es el dinero que se invierte para obtener más dinero. Por extensión, el término «capital» se aplica a menudo para hacer referencia al dinero que está *disponible* para la inversión, o también a cualquier activo que pueda transformarse en dinero de inmediato. Por tanto, decimos que la casa de

alguien es parte de su capital porque puede transformarla en capital vendiéndola o pidiendo préstamos por su valor. En realidad, muchos pequeños negocios se inician de esta forma. Con todo, los bienes sólo se pueden transformar en capital si su propiedad está claramente reconocida, si su valor se puede medir, si se puede transferir su titularidad y si existe un mercado para ellos. Uno de los rasgos que caracterizan el desarrollo de sociedades capitalistas es el surgimiento de instituciones que permiten convertir activos de todo tipo en capital. Hernando de Soto ha defendido convincentemente la idea de que en el Tercer Mundo lo que impide la creación de capitalismos locales es precisamente la ausencia de tales instituciones, sobre todo de sistemas que ejecuten las leyes de propiedad. Para De Soto, a pesar de que en estos países hay una gran cantidad de valor ligado a la propiedad, éste no puede concretarse, ni los empresarios pueden encontrar para él un uso productivo.

Los capitalistas ya existían antes de que surgiera el capitalismo propiamente dicho. Desde los tiempos más remotos, los comerciantes han hecho dinero invirtiendo en bienes que vendían después más caros. Como vimos que ocurría en la Compañía de las Indias Orientales, el capitalismo mercantil podía estar altamente organizado y resultar muy rentable, pero su actividad repercutía sólo parcialmente sobre la economía, pues la mayor parte de la gente vivía a partir de actividades económicas que

no estaban financiadas por la inversión de capital. En el capitalismo propiamente dicho, toda la economía depende de la inversión de capital, y esto se da cuando lo que se financia de esta forma no es sólo el comercio, sino también la producción.

La producción capitalista se basa en la mano de obra asalariada. Y aquí surge una clara línea divisoria, de conflicto, entre quienes poseen el capital —que disponen de lo que Karl Marx llamaba «los medios de producción»— y aquellos que venden su trabajo a cambio de dinero. Los medios de producción son el lugar de trabajo, la maquinaria y las materias primas, que en sociedades precapitalistas estaban en manos no sólo de los poseedores del capital, sino de los artesanos encargados de transformar los bienes. El sueldo o salario es el precio que paga el empleador por el trabajo que vende el trabajador. De igual forma que los capitalistas van a invertir dinero en cualquier actividad que produzca beneficio, el trabajador buscará empleo en cualquier actividad que le reporte un salario.

En la sociedad capitalista, trabajo y capital ostentan una naturaleza abstracta e independiente, dado que ni uno ni otro se ven ligados a una actividad económica específica y por ello pueden en principio trasladarse a otra actividad que les recompense debidamente. En la vida real, esta movilidad queda constreñida por las cualidades y experiencia de los propietarios del capital y de los trabajadores, y por las relaciones y compromisos que hayan alcanzado

unos con otros. La movilidad de que gozan potencialmente el capital y la mano de obra es uno de los rasgos definitorios de las sociedades capitalistas y el que les otorga su característico dinamismo.

La mano de obra asalariada es libre y a la vez no lo es. A diferencia de los esclavos, a quienes sus propietarios obligan a trabajar, los asalariados pueden decidir si quieren trabajar o no y para quién quieren hacerlo. Y a diferencia de los siervos de la sociedad feudal, que estaban ligados a la tierra del señor, los obreros pueden moverse libremente y buscar trabajo donde les plazca. Sin embargo, estas libertades son hasta cierto punto ilusorias, dado que en las sociedades capitalistas es difícil sobrevivir sin ganar dinero y no siempre es fácil elegir empleo o empresario. Los asalariados también están sometidos al férreo control del empleador y, como vimos que ocurría en las fábricas textiles, el sistema de producción capitalista implicó que se modificara el trabajo de acuerdo con parámetros de continuidad y disciplina. Los trabajadores habían pasado a ser, como dijo Marx, «esclavos del salario».

La importancia de la mano de obra asalariada no sólo se debe al papel que desempeña en la producción, sino también en el consumo. Los asalariados no pueden producir lo que necesitan o lo que les gustaría consumir; tienen que comprarlo, con lo que proporcionan la demanda necesaria para activar una amplia gama de nuevas iniciativas capitalistas. Y esto no sólo se aplica a la comida, la ropa y

otros bienes personales, sino al entretenimiento. Como ya vimos, la producción capitalista enseguida derivó en la creación de industrias de nuevo cuño que se basaban en la comercialización del tiempo libre. Esta doble función desempeñada por la mano de obra asalariada, responsable de la interacción dinámica entre producción y consumo, explica por qué el sistema de producción capitalista se expandió con tanta rapidez una vez iniciado.

Los mercados, como los comerciantes, no representan ninguna novedad, pero resultan esenciales en las sociedades capitalistas, entendidos en términos nuevos y más abstractos. Y esto se debe a que la producción está divorciada del consumo —la gente no produce lo que consume ni consume lo que produce—, y sólo se vincula a él a través de los mercados en los que se venden y compran bienes y servicios.

Pero los mercados ya no son sólo los lugares en los que comprar artículos especiales que uno no puede producir; se han convertido en el único medio por el que se pueden conseguir cosas. Tampoco están emplazados en lugares específicos, sino que existen allí donde compradores y vendedores realizan sus intercambios, y esto, hoy por hoy, significa hablar de espacios electrónicos en los que aparecen precios y se registren transacciones. Todo esto afecta no sólo a los bienes y servicios, sino también a la mano de obra, el dinero o el capital. El salario —es decir, el precio del trabajo— se establece en un mercado laboral, en el que los empresarios compiten

para obtener mano de obra y los trabajadores para conseguir trabajo. El dinero en sí se compra y se vende en mercados de divisas. La propiedad de las compañías se vende y se compra en el mercado bursátil.

Como vimos al hablar de las fábricas textiles, los mercados generan una fuerte competencia entre empresas capitalistas, la cual se manifiesta de muchas formas, por ejemplo, utilizando la mano de obra de manera más eficaz, introduciendo innovaciones técnicas para reducir costes o productos de mercado con mayor efectividad. La competencia obliga a que las empresas se estén renovando permanentemente, bien sea para vencer a la competencia o, simplemente, para mantener su posición. Algunas caen, como es lógico, y se hunden, teniendo que echar a sus empleados. Este grado de competencia, que tan hondamente contrasta con los monopolios del capitalismo mercantil, es lo que hace que el sistema de producción capitalista resulte particularmente dinámico.

Con todo, las empresas capitalistas ya han encontrado vías para reducir la competencia. Quizá a quienes juegan con cierta ventaja sobre sus competidores les satisfaga el toma y daca de la competencia, pero esos movimientos generan también incertidumbre, reducen el beneficio y pueden provocar bancarrotas; de ahí que las empresas formen asociaciones comerciales para regular la competencia. El mercado puede amañarse si todos acuerdan no entrar en una competencia de precios o deciden pa-

gar los mismos salarios. La competencia también puede reducirse si se realizan fusiones o absorciones, puesto que la producción queda así concentrada en un menor número de manos. En el capitalismo siempre existe una tensión entre la competencia y la concentración de la producción, y ambos rasgos son característicos del sistema.

Como los precios cambian, todo mercado proporciona la oportunidad de ganar dinero a través de la especulación. La especulación aparece cuando se compra algo con idea de venderlo más caro en el futuro, sin que haya aumentado el valor de lo comprado en virtud de algún tipo de procesamiento. Puede afectar prácticamente a cualquier mercancía, ya sean productos agrarios, divisas, derivados o esclavos. Normalmente, la gente considera que especular así es una actividad improductiva y parasitaria, totalmente ajena a la verdadera economía, encargada de producir bienes y servicios. Bien es verdad que con frecuencia la especulación es improductiva, pero quien la practica no trata sólo de hacer dinero con ella, sino de reducir riesgos. Como la relación entre la oferta y la demanda cambia continuamente, los mercados son inestables. La acumulación y el almacenamiento de existencias son una manera de asegurarse frente a oscilaciones de precios adversas que pueden echar por tierra el beneficio y desmantelar un negocio.

Y operar con futuros, como hacía Leeson especulando, es otra manera de reducir la incertidum-

bre: surgió hace mucho tiempo como mecanismo sofisticado para proteger a los productores y a los *traders* de futuras e imprevisibles oscilaciones de precios.

El formidable ascenso del comercio de divisas que tuvo lugar durante las décadas de 1980 y 1990 se produjo después de que en los años setenta hubieran cambiado los tipos de fijos a flotantes, lo cual creó mucha más incertidumbre sobre los futuros valores de las divisas. Una forma de reducir esta incertidumbre fue «proteger» las apuestas comprando futuros de divisas. De esta manera, aunque el grueso del mercado de futuros de divisas sea esencialmente especulativo, la expansión del mercado y las innovaciones financieras a él asociadas se basaban en auténticas necesidades económicas.

El mismo argumento se aplica a la especulación en la gestión de acciones de una compañía. El capitalismo necesita mercados en los que invertir el capital. Los mercados son esenciales para que el sistema funcione, en tanto que reúnen a quienes buscan financiar sus actividades económicas y a aquellos otros que disponen de dinero para invertir. Sabemos que el precio en bolsa de las empresas varía de acuerdo con su situación económica y con sus rendimientos; de ahí que siempre haya oportunidad de especular sobre futuras oscilaciones de precios. La especulación no es algo ajeno al capitalismo, sino el resultado inevitable de su propia maquinaria.

Por todo ello, como respuesta a nuestra pregunta, diremos que el capitalismo es la inversión de dinero para obtener más dinero. A pesar de que los comerciantes llevan siglos haciendo esto, sólo cuando la producción está financiada de la manera que hemos descrito surge el capitalismo transformativo.

- La producción capitalista depende de la explotación de mano de obra, la cual alimenta, a su vez, el consumo de bienes y servicios que producen las empresas capitalistas.
- La producción y el consumo quedan vinculados en los mercados, que actúan como mediadores en toda iniciativa económica.
- Aunque los mercados promueven la competencia entre empresas, también generan cierta tendencia a la concentración, con la que se pretende reducir la incertidumbre.
- Las fluctuaciones de mercado sirven de fundamento a un tipo de capitalismo especulativo, que, aunque pueda no ser tan productivo, se basa en mecanismos que resultan esenciales para el funcionamiento de una economía capitalista.

2. ¿De dónde surge el capitalismo?

El capitalismo obtuvo sus más logrados avances en Gran Bretaña. Por ello cabe preguntarse qué tenía Gran Bretaña de especial para que el capitalismo encontrara allí el caldo de cultivo adecuado a su desarrollo. De hecho, hay muchas historias del capitalismo que se contentan simplemente con responder a esta pregunta. Ellen Meiksins Wood, en una publicación reciente, sitúa los orígenes del capitalismo en Inglaterra, aunque parezca sorprendente, en la agricultura, concretamente en la relación que mantenían terratenientes, arrendatarios y campesinos.

En la primera parte del capítulo anterior hemos seguido una línea argumental similar que debe mucho al mencionado estudio. Pero ¿podemos quedarnos ahí? En nuestro texto defendemos que el capitalismo debe tomarse en último término como fenómeno europeo. Al investigar los orígenes del capitalismo, lo que debemos preguntarnos no es